

ELOGIO DE MURCIA, DE UN EXTRANJERO

*En profundo agradecimiento a todos
mis amigos murcianos*

VI Murcia por primera vez en junio de 1957. Joven estudiante de Oxford (Inglaterra), de 21 años, tuve la intención de pasar solamente una noche en esta ciudad desconocida. Seducido —como los marineros de Ulises que comieron el fruto del loto— por la acogida tan calurosa de los murcianos, por el clima que recuerda el paraíso, por la vida tan animada de las calles, y por la vegetación tan distinta a la de la húmeda Inglaterra, abandoné mi proyectado viaje de estudios a Andalucía, quedándome en Murcia seis semanas, hasta que mi padre acudió al Ministerio de Asuntos Exteriores Británicos pidiendo noticias de su hijo desaparecido. Después volví a Murcia a pasar dos meses en el otoño de 1959; hubo visitas más breves en los años 60; y desde 1984 vengo todos los años a Murcia. También en mi trabajo universitario —soy catedrático de literatura española en la Universidad de Kentucky (EE.UU.)— trato de fomentar las relaciones culturales entre mi universidad y la de Murcia, esfuerzo que ha dado, entre otras cosas, mi libro *Galdós y Murcia*, el Congreso sobre Literatura de Levante, celebrado en la Universidad de Kentucky en 1992, y frecuentes viajes de estudiantes y profesores entre Murcia y Kentucky. Todos mis amigos, tanto ingleses como estadounidenses, que hacen el viaje a Murcia vuelven cantando las alabanzas de esta región tan favorecida.

RECUERDOS PERSONALES DE MURCIA

Recuerdo mi llegada a Murcia en 1957: la contemplación desde el tren durante

bastantes minutos de una curiosa silueta (la catedral), levantándose por encima de los naranjos; las tartanas que conducían viajeros al centro de la ciudad; las casas de un solo piso blanqueadas de cal, ya desaparecidas, cerca de la estación del Carmen; la belleza arquitectónica de la catedral; la asombrosa animación de las calles. Sobre todo recuerdo la calurosa acogida ofrecida en el Bar Rosique (Plaza Camachos) a un extranjero delgado quien apenas entendía el castellano.

Recuerdo el Bar Rosique de los años 50, atestado de viajeros que esperaban en la Plaza de Camachos la salida de los autobuses. Recuerdo sobre todo a Pedro Rosique, que en paz descanse, hombre de grandísimo corazón, quien hablaba un inglés perfecto aprendido solamente en los libros y quien acogía con los brazos abiertos y una sonrisa contagiosa a todo extranjero que vagaba por Murcia. Pedro murió, muy joven, de un infarto en 1968. Yo era su “compare”; vive, con su alegría, siempre en mi memoria. Mi hijo Peter, nacido en 1968, lleva su nombre.

Recuerdo la extraordinaria belleza del Malecón, con sus palmeras destacándose contra la puesta del sol, con la paz que ofrece al alma. Hoy me molesta tener que pasar debajo del ominoso hormigón de la carretera.

Recuerdo un río mucho más limpio, donde la gente pescaba y donde había un club de remo en vez de un centro de asistencia a los drogadictos.

Siempre me quedo asombrado ante la hermosura de la fachada de la Catedral.

Recuerdo la vitalidad de las calles murcianas, cuando la gente iba a pie o en bicicleta, cuando solamente los ricos tenían coche y cuando no se respiraba olor de gasolina.

Celebro sobre todo el calor humano de los murcianos, tanto de la huerta como de la ciudad, calor que no he encontrado en ninguna otra parte y que debe ser bastante raro en este mundo nuestro. La acogida tan fácil que se ofrece a los visitantes, la simpatía que se siente para los otros, la buena voluntad para hablar con desconocidos, el sentimiento de caridad, el cariño fundamental (lo que yo llamaría la verdadera esencia del cristianismo), todo eso he visto en Murcia.

Agradecimientos: a "Paco", Don Francisco Illán Saavedra (de Algezares), a quien considero como a un segundo padre, por su suma generosidad, su sentido práctico, y sus sabios consejos; a Don... Moñino, del Archivo Municipal, por su jovialidad y su siempre eficaz ayuda profesional; a los padres de mi excelente amigo José Belmonte, de la pedanía de Los Dolores, quienes con mucha benevolencia me han hecho gozar la cocina de la huerta y quienes me han tratado como a un hijo; al Dr. Mariano Moreno Requena, de Murcia, quien con su simpatía y dulces modales encantó a mis estudiantes estadounidenses; a los comerciantes y a los habitantes de la Plaza de Camachos (tantos que no se pueden nombrar sin ocupar un espacio excesivo), quienes siempre me han acogido con amistad y alegre conversación; y a una gitanilla desconocida, de unos ocho o nueve años, deformada físicamente, que vivía cerca de la Plaza Camachos, a quien vi tratando a una hermanita con tanto cariño y atención que me dio una revelación del verdadero sentido del amor.

Sé que todos vivimos expulsados del paraíso, que existen en todas partes hoy como en el pasado problemas sociales y disputas y dificultades a nivel personal,



Elogio de Murcia.

que la amistad y el amor no son propiedad de una sola nación, y que la visión de un extranjero que visita no es la de una persona que vive y trabajaba en una región. Pero creo firmemente que existe en Murcia un calor humano y una acogida hacia el forastero que se encuentran raramente en este mundo y que son calidades que quizá solamente alguien que venga de fuera pueda apreciar en su verdadero valor.

Brian J. Dendle

Universidad de Kentucky (Estados Unidos)